

LA EXPOSICION DE SANTA CRUZ

(COMENTARIOS DE UN VISITANTE)

El año 1958 que termina puede pasar a ser llamado en Toledo el año de la Exposición. Ojalá nuestros hijos olviden la numérica y vulgar cronología y pasen a recordar nuestro tiempo, de este año, como «el año de la Exposición».

Que esa gratitud a un hoy de esfuerzos consumados en realizaciones, nos sea reconocida mañana, como nosotros hoy reconocemos a aquel «año del Congreso Eucarístico».

Sólo que ahora nos mueve una ambición que no sé si será castellana, la ambición de que el esfuerzo y los logros sean continuados y no esporádicos.

Digo que no sea castellana esta ambición, porque la continuidad en un logro sólo la hemos visto potente y patente en un pueblo que marca precisamente su hito de vida nueva, de vida contemporánea, con el sobrenombre igualmente de «año de la Exposición». Me refiero a Barcelona y no por la Exposición de 1929, sino debido a la anterior, la de 1888, ya que todo se mira en una Barcelona de hoy a través de la medida que marcó Rius y Taulet merced a su genial sentido de la organización. Organización y también fe. Como fe y también dignidad humilde, que nos haga exclamar un día como al gran arzobispo: ¡Señor, tener piedad de tanta grandeza!

* * *

¿Qué elegiríamos para hablar de la Exposición «Carlos V y su ambiente»? ¿Por dónde empezariamos? He aquí el primer problema a resolver.

No cabe titubear, perder tiempo. Todo es bueno. Iremos, por tanto, a lo que primero llena nuestra vista.

Según entramos, la atención se fija en el frontal del crucero bajo. Allí, la joya de las joyas. De la Custodia de Arfe no vamos a hablar. Está «vista y sabida». Sólo un comentario en torno a ella. El mismo que hizo inteligentemente una de las más altas personalidades españolas: ¡Está en su sitio!

Efectivamente no la volveremos a imaginar que no sea allí, porque es allí donde adquiere la mayor y más perfecta de las grandezas. Sólo la vemos allí en «su ambiente». Un ambiente imperial.

Luz, perspectiva, música y silencios. Todo es exacto y todo es lo contrario a como hasta ahora la vimos instalada.

Existe una cuestión técnica resuelta perfectamente. El final de la nave central, baja, queda en la cruz y en la cabecera al descubierto, en vacío, con relación al piso alto. Pues bien, el primer «hueco» se ha llenado en el mismo centro del edificio con una estatua de Carlos V.

Al Emperador, cuando estamos en la planta baja, si le intentamos ver, tenemos que levantar la cabeza, ya que él en su pedestal como un trono está sobre



nosotros gravitando, y aun así no le vemos bien.

Una vez en el piso superior, una curiosidad instintiva hace que nos asomemos, y sólo entonces sí que vemos al Emperador desde una perspectiva inédita y respetuosa. Bajamos la cabeza.

Recordamos que el panteón a Napoleón tiene en París las mismas características. Las grandes figuras, en suma, nos hacen inclinar antes o después las testas. Hay que reconocerlo.

Pero volvamos al sitio de Arfe y la solución ideal técnico-pictórica realizada por Teodoro Miciano. Teodoro Miciano, ¿es un escapado del propio Concilio tridentino? El solo nombre le delata. Por fuerza tenía que «sentir» el lugar y realizar su obra con tan magnífico éxito.

¿Cualquier magnificencia real y terrena necesita de una vitrina para asentar un trono? ¿O, por mejor, un trono necesita de un escenario solemne, grandioso, estremecedor y magnífico? Con esta última fórmula está resuelta la papeleta.

Para Arfe y su joya se ha montado un escenario con toda la técnica que el caso requería. Drapeados, doseles, columnatas y cordonajes *in tempo de bambalinas*, tienen, merced a la luz y a la realización, volúmenes, formas, fondos y perspectivas reales. Es una *puesta en escena* cuidada en el último detalle hasta en la comparsaría.

Sin menoscabo para nadie, sino como elogio a ambos, sólo Tamayo en el Teatro Español de Madrid, en su dirección de «La Alondra», de Anouil (último acto), ha estado más cerca de una realidad histórica. De una reconstrucción histórica. Tamayo entonces y ahora Miciano, lo han conseguido.

Por cierto que un cuadro aquí expuesto nos hace recordar otro fondo escenográfico. Se trata de «La abdicación del Emperador Carlos V», de

Francken II, procedente del Rijksmuseum de Amsterdam (1).

Cuadro inédito, en el original, para nuestros ojos. Cuadro excepcional de calidades, cuadro bellissimo y perfecto.

Nos asombra, en la medida justa en que ya nos asombramos, comprobar el grado de IGUALDAD a que Salvador Dalí ha llegado con relación a estos maestros de la escuela imperial flamenca.

¿Poiémica? No.

Sé que ese carro de Neptuno tirado por cuatro caballos me recuerda el telón de fondo con destino al ballet «Tristán Loco».

Sé que estos mismos caballos de Francken II son unas bestias alucinadas, desequilibradas. Sé también que conchas, caracolas y estrellas de mar que aquí aparecen, aparecen iguales sobre las arenas mediterráneas de Cadaques en el Cristo hipercúbico o sobre las de Port-Lligat en la Madona; sé que más exactos aún que estos caballos, con los de Dalí, son los de cierto cartón-boceto que ahora no viene al caso, porque nuestro caso es el de una pintura acabada. Pintura de maestros.

¿Va todo esto en detrimento del pintor catalán? Dalí saldría en el peor de los casos con las siguientes atenuantes:

Unico conecedor, a fondo, de la pintura europea. De la única y verdadera pintura. Unico dibujante hoy por hoy capaz de realizar lo que los maestros hicieron ayer. Unico pintor capaz de resolver problemas de envergadura clásica, de pintura perfecta.

Sigue, es lógico, a los maestros, pero está con ellos. Es capaz de lograr lo que ellos lograron, y si ellos fueron «magister», Salvador Dalí es igualmente un maestro. Y lo siento por aquéllos que, sorprendidos en una santa inocencia, vuelven la oración por pasiva y se creen que descubren *otra cosa* o pretenden demostrar que *hacer arte puro* y original es manchar un lienzo con un chorro de pintura azul, restregarlo y después ponerle un título.

Ante lo del chorro restregado por el lienzo, cabe exclamar: ¡Eso lo hago yo! Lo que no intentamos siquiera decir en susurro ante la más sencilla, perfecta y detallada concha de las arenas mediterráneas, es: ¡Eso lo copió yo!

(1) FRANCKEN —Franck—, II el Mozo, Frans (1581-1642).

«Alegoría de la abdicación del Emperador Carlos V en Bruselas, el 25 de Octubre de 1555». Tamaño: 1,34 x 1,72.

Procedente de la colección George y adquirido por el Museo Nacional de La Haya en 1806. Actualmente en el Rijksmuseum de Amsterdam.

Carlos V aparece coronado Emperador con Toisón y manto rojo. Con el brazo señala a su hermano don Fernando y a su hijo Felipe II. A los lados, grupos y figuras alegóricas: Europa, Africa, América. A la izquierda irrumpe Neptuno en carro tirado por caballos y rodeado por nereidas y tritones. Porta la esfera terrestre. A los pies del trono imperial están el cetro, la espada y el globo terráqueo. En un fondo, la marcha del Emperador en un carruaje tirado por mulas.